¿Rosa o azul?

Karla Ivonne Loya Suárez

1. ¿A qué jugamos, a los carritos o a la comidita?

El proceso de formación de un individuo comienza desde antes de su nacimiento, con el cúmulo de expectativas, deseos y metas contemplados para él o para ella. Los padres son quienes le inculcan los primeros valores y conocimientos que lo marcarán en gran medida para el resto de su vida. Dichos conocimientos y valores serán diferentes para cada persona de acuerdo al sexo biológico con el que nació. Lo esperado para cada persona, de acuerdo a su sexo, difiere de una sociedad a otra. Así, lo que se considera masculino en un grupo determinado puede no serlo para otro.

Cada grupo social determina lo que se considera femenino y masculino. Generalmente dentro del núcleo familiar comienza la asignación de los roles de género. Ahí se transmiten los "códigos axiológicos que sustentan el tipo de acciones y relaciones que se desarrollan y que de cada hombre o mujer se esperan — manifestados en estímulos y castigos— juguetes y juegos, libros con ilustraciones, programas de televisión, roles del padre y de la madre, distribución del tiempo y el espacio, manejo de la palabra y los silencios, jerarquías intrafamiliares.[1]

El niño y la niña, mientras crecen, van observando en su mamá, papá, hermanos y hermanas —y en otras personas que le rodean— modelos estereotipados sexualmente que le indican lo que se espera de él o ella, normando de esta manera sus comportamientos. De este modo, si la niña ve a su madre hacerse cargo de la cocina y los quehaceres domésticos, deducirá que ésas son las actividades propias de las mujeres, y si el niño ve a su padre salir a trabajar para mantener a la familia, supondrá que eso es lo que él debe hacer cuando sea adulto.

Aquí es donde inicia el trato diferenciado hacia hombres y mujeres, por el solo hecho de serlo. A los niños se les enseña a ser agresivos, dominantes e independientes, se les dan mayores libertades, permisos. A las niñas se les exige obediencia, pasividad y sumisión, se espera que se quede en casa, ayudando a la madre con el cuidado de la casa y los niños. Ellos podrán correr, saltar, y si se golpean o rasgan la ropa al jugar no habrá problema; ellas —en cambio— deberán estar quietecitas, limpiecitas, bien peinadas y arregladas, jugar tranquilamente.

Entre ellas jugarán a las comiditas, a las muñecas, platicarán y escribirán diarios; ellos jugarán al futbol, a los carritos, a la guerra... Y si juegan niños y niñas, él será el doctor y ella la enfermera, él saldrá a trabajar y ella hará la comida.

2. Los niños en las filas de la derecha y las niñas en las de la izquierda

Cuando la niña —o el niño— llega a la edad escolar lleva ya muy interiorizados los roles asignados

socialmente para cada sexo y dentro del aula éstos se reafirman.

Marta Lamas, al hacer referencia al tema, menciona que en los libros de texto de primaria es posible observar "representaciones sexistas (en donde) las figuras femeninas (aparecen) realizando las tareas domésticas tradicionales y las masculinas todas las demás actividades.[2] En uno de los dibujos puede verse que mientras él trae libros bajo el brazo ella está en la cocina.



En la escuela cada estudiante va incorporando contenidos y valores que, junto con el trato diferenciado que se da a niños y niñas, le permiten afirmar o ir modificando su identidad, lo cual se refleja en actitudes, acciones, lenguajes (oral, gestual, corporal), características y conductas diferenciadas. Todo ello puede sufrir cambios, ya sean ligeros o profundos, pero "las identidades básicas, definidas desde el nacimiento y formadas y asumidas en procesos largos y complacidos, están presentes a lo largo de todo el curso de la vida de cada sujeto".[3]

Durante su permanencia en el sistema escolarizado, los y las estudiantes serán receptores de asignaciones de género, y a su vez serán transmisores de ellas. Esto se verá reflejado en las relaciones con sus maestros y maestras, y con sus compañeros y compañeras de clase, reforzando en ese periodo algunos elementos y desechando otros.

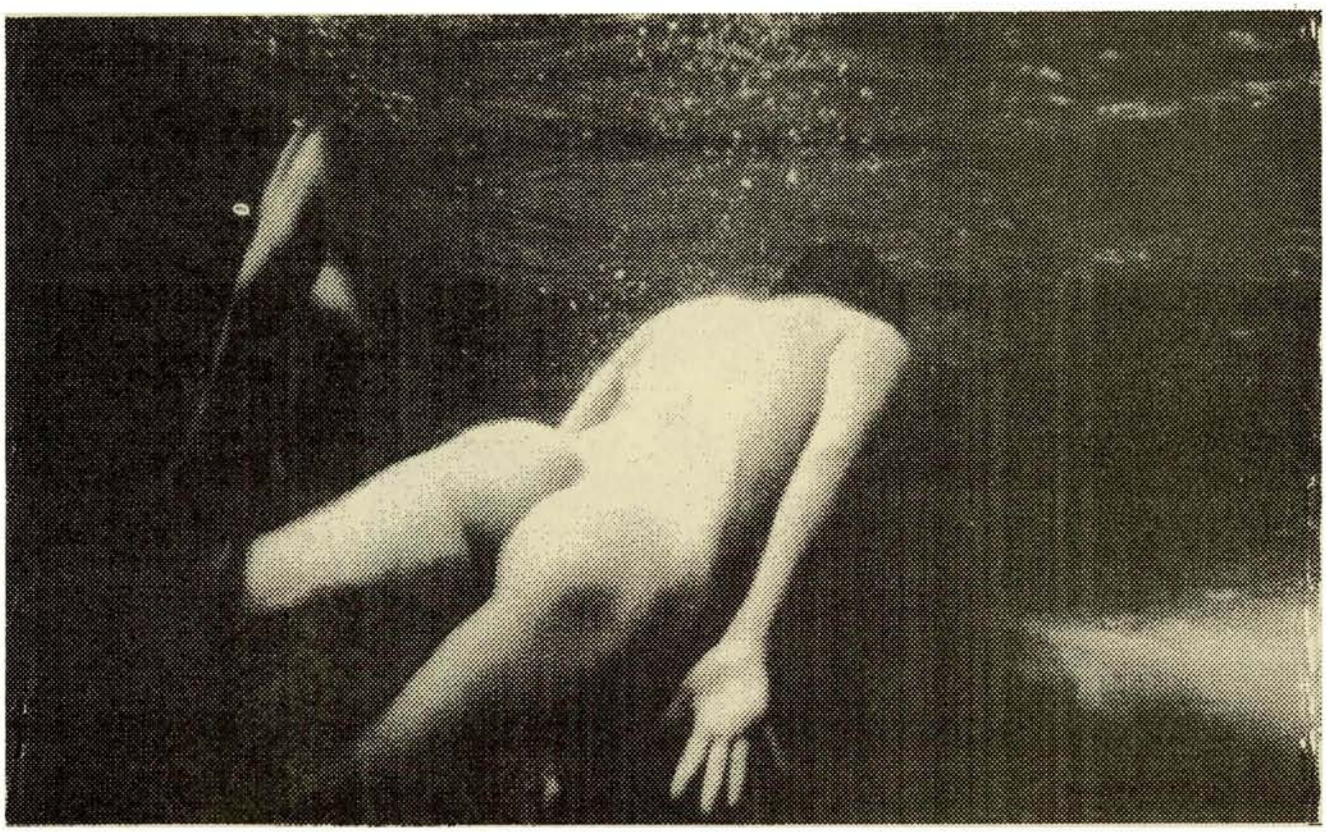
Se puede decir entonces que "la familia y la escuela son dos de los principales agentes de socialización que contribuyen a perpetuar (quizá también a transformar) los valores (actitudes, procesos, instituciones) que sostienen la feminidad y la masculinidad en una sociedad".[4]

3. Yo no trabajo, sólo cuido la casa

Educar a niñas y jovencitas para hacerlas *femeninas* y a los niños y muchachos para hacerlos *masculinos* tiene como fin establecer una forma de vida social, jerárquica y patriarcal, en donde lo masculino está por encima de lo femenino. Se les entrena de manera diferente para que ellas estén preparadas para ejercer ciertos trabajos y ellos para otros.

En ellos se buscará que una vez adultos tengan capacidad de liderazgo, de decisión, de manejo de herramientas y máquinas. De ellas se esperará minuciosidad y sumisión. Para ellos habrá trabajos considerados masculinos y para ellas femeninos. El trabajo de los hombres estará mejor pagado que el de las mujeres, pues se considera que sólo ellos son quienes tienen la obligación de mantener una familia, y que el sueldo de ellas será únicamente una *ayuda* al sostén familiar.

Eso sí, ellas trabajan fuera del hogar, aunque lo que se espera es que se dediquen al cuidado de la casa, de los hijos y del marido. El trabajo doméstico puede resultar una carga pesada de por sí, pues requiere demasiado tiempo y esfuerzo que generalmente no son reconocidos, incluso por ellas mismas, lo que queda demostrado cuando se



les pregunta: "Y usted, ¿a qué se dedica?", y su respuesta es: "Yo no trabajo, sólo me dedico al hogar".

Si las mujeres deciden salir a trabajar deberán cubrir la denominada *doble jornada*: cumplir no sólo con el trabajo fuera del hogar sino también con el de la casa, aunque esto signifique para ella más de ocho horas diarias de trabajo.

Puede apreciarse entonces que la educación se imparte de manera diferente a niños y a niñas y que las repercusiones que tiene son de gran importancia. Por ello resulta necesario revisar el papel que juegan no sólo los padres, sino también otros agentes que intervienen en este proceso de asignación de género: los profesores.

4. Cuando sea grande quiero ser como mi maestra

Si dentro de la familia son los padres quienes principalmente se hacen cargo de la socialización de los hijos, en la escuela son los profesores y profesoras quienes lo continúan. Ellos y ellas son los encargados de la formación de alumnos y alumnas, transmitiendo una serie de contenidos curriculares y no curriculares que son asimilados de distinta manera por cada alumno. "En la escuela, aun cuando no existe ninguna base legal o norma explícita para la división por sexos, el hecho de ser hombre o mujer conlleva generalmente un trato diferenciado y la mayoría de las veces no reflexionado por parte de los maestros".[5]

Los maestros fueron a su vez niños y niñas que recibieron un trato diferenciado por sexo, a quienes también se les asignó un rol de género que debían cumplir, y se les transmitieron valores, normas, conocimientos, costumbres y códigos que debían seguir lo más estrictamente posible, de acuerdo a las reglas sociales imperantes. Ellos y ellas desarrollaron igualmente actitudes, comportamientos, acciones y expectativas de vida de acuerdo a sus roles de género.

Si vemos de esta manera a los profesores y profesoras, ¿cómo esperar que toda esa carga valorativa que les ha sido enseñada toda su vida sea

acallada ahora, después de años de internalizarla?, ¿cómo pretender que lo que enseñen no esté estereotipado sexualmente si lo que aprendieron estuvo basado en esos modelos?, ¿cómo ignorar que la división por sexos puede ser transmitida no sólo en el hogar, en los medios de comunicación y en las iglesias, sino también en las escuelas?

Es innegable la influencia que tienen los maestros en la socialización de alumnos y alumnas, siendo en ocasiones modelos a seguir por éstos. Desde esta perspectiva es fácil suponer que son también reforzadores de las asignaciones de género que prevalecen en esa sociedad y en esa época histórica concreta.

5. La educación desde una perspectiva de género

Como se ha observado hasta aquí, la educación es un medio adecuado para el reforzamiento de pautas sexistas, pero también puede serlo para la modificación de éstas. Tanto en la educación informal como en la formal puede comenzar la transformación de los estereotipos de género, buscando una sociedad más igualitaria.

Si se quiere contemplar a la educación desde una perspectiva de género (con igualdad para ambos sexos), deberán tenerse en cuenta "desde el diseño de libros de texto y programas no sexistas hasta el desarrollo de políticas de igualdad de trato y oportunidades entre maestros y maestras [además de] eliminar las representaciones, imágenes y discursos que reafirman los estereotipos de género".[6]

El papel que desempeñarán profesores, pedagogos, directivos, investigadores y demás estudiosos de la educación será fundamental. De ellos dependerá en gran medida el éxito de los programas y políticas que se planteen, el cambio que se logre en hombres y mujeres que hoy son niños y niñas o jóvenes estudiantes, a ellos se les deberá la disminución de las prácticas discriminatorias que se den, primero dentro, pero después fuera del aula.♦

Notas

[1] Celia Luévanos Aguirre, "Las diferencias de género en la familia y en la escuela", p. 37.
[2] Marta Lamas, *La perspectiva de género*, p. 10.
[3] Daniel Cazés, "La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado", p. 345.
[4] Celia Luévanos, *op. cit.*, pp. 36 y 37.
[5] *Ibid.*, p. 37,
[6] Marta Lamas, *op. cit.*, p. 10.

Bibliografía

Cazés, Daniel. "La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado", en varios autores. *Antología de la sexualidad humana*, primer tomo, CONAPO/Miguel Ángel Porrúa, México, 1994, pp. 335-387.

Chant, Sylvia. "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Gabayet, Luisa, *et al.* (comps.). *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, El Colegio de Jalisco/CIESAS-Occidente, Guadalajara, Jalisco, 1988, pp. 181-204.

Lamas, Marta. *La perspectiva de género*, mecanograma preliminar, s/d, 15 pp.

Luévanos Aguirre, Celia. "Las diferencias de género en la familia y en la escuela", en *Revista La tarea*, 8, Guadalajara, Jalisco, enero-marzo de 1996, pp. 36-39.

Martínez G., Carla. "¿Por qué el hombre elige la labor docente?", en *Revista La Tarea*, 8, Guadalajara, Jalisco, enero-marzo de 1996, pp. 49-53.

Sánchez Gómez, Martha Judith. "Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México", en De Oliveira, Orlandina, (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1989, pp. 59-80.

